

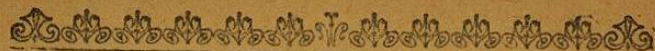


BIBLIOTECA

PQ9261
E3
M358
V.1

*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



LOS MAIAS

I

La casa que los Maias ocupaban en Lisboa, en otoño de 1875, era conocida entre los vecinos de la calle de San Francisco de Paula y en todo el barrio de las Ventanas Verdes, por la *casa del Ramillete* ó simplemente *Ramillete*. A pesar de este fresco nombre de vivienda campestre, el *Ramillete*, sombrío caserón de imponentes paredes que ostentaban una hilera de estrechos balcones en el primer piso y una tímida fila de ventanas abrigadas por el alero del tejado, tenía el aspecto tristón de Residencia Eclesiástica que convenía á un edificio que databa del reinado de doña María I: con un esquilón y una cruz en lo alto del tejado, se le tomara por un Colegio de Jesuitas. El nombre de *Ramillete* provenía de hijo, de un cuadro de azulejos que ocupaba el sitio del escudo de armas, que nunca llegó á colocarse, y en el que campeaba un gran ramo de girasoles atado con una cinta que tenía unas letras y una fecha.

Largos años estuvo deshabitado el *Ramillete* y las arañas cubrieron las maderas de puertas y bal-

cones y el edificio entero adquirió aspecto de ruina. En 1858, monseñor Buccarini, Nuncio de S. S., visitó el caserón con objeto de instalar allí la Nunciatura, seducido por la gravedad clerical del edificio y por la paz durmiente del barrio: gustóle también el interior por sus amplias salas, sus techos artesonados, y las paredes cubiertas de frescos en que palidecían ya las rosas de las guirnaldas y las caras de los Amorcitos. Pero monseñor, á fuer de rico prelado romano, con sus hábitos de gran señor, necesitaba en su vivienda las arboledas y las aguas de un jardín de lujo, y el Ramillete apenas poseía, en el fondo de la planta baja, un estrecho espacio inculto abandonado á una flora silvestre, con un ciprés, un cedro, una cascada seca, un surtidor lleno de escombros y una estatua de mármol—que monseñor descubrió ser una Venus Citerea—ennegrecida á trechos por la humedad del sitio. Amén de esto, el alquiler que pidió el viejo Villaça, intendente de los Maias, pareció tan exagerado á monseñor, que éste le preguntó sonriendo si creía que la Iglesia estaba aun en tiempos de León X. Villaça contestó que tampoco la nobleza estaba en la época de Juan V, y el Ramillete continuó deshabitado.

Aquella inútil ratonera (como la llamaba Villaça Junior, que por muerte de su padre era administrador de los Maias) sólo servía, á fines de 1870, para guardar arrumbados el mobiliario y la vajilla provenientes del palacete de la familia situado en Bemfica, morada casi histórica, que después de andar mucho tiempo en almoneda, comprara al cabo un comendador brasileño. En la propia ocasión se vendió también otra propiedad de los Maias, la *Tojeira*; y contadas personas que recordaban en Lisboa á los Maias y que sabían que desde la Regeneración vivían retirados en su quinta de Santa Olavia, á ori-

llas del Duero, preguntaron á Villaça si sus dueños estaban arruinados.

—Aun tenemos un mendrugo—contestó sonriendo—y manteca para untarlo.

Los Maias eran una antigua familia de Beira, siempre poco numerosa, sin ramas colaterales, sin parentela y reducida ahora á dos varones, el dueño de la casa Alfonso de Maia, viejo ya, casi un antepasado, con más años que el siglo, y su nieto Carlos, que estudiaba medicina en Coimbra. Cuando Alfonso se retiró definitivamente á Santa Olavia, las rentas de la casa excedían ya de cincuenta mil cruzados; desde entonces habíanse acumulado veinte años de economías de la vida de aldea, y aumentó el caudal la herencia de un último pariente, Sebastião de Maia, que desde 1830 vivía en Nápoles, solo, ocupándose en numismática. Podía, pues, sonreír el procurador cuando le hablaban de la ruina de los Maias.

La venta de *Tojeira* la aconsejó el propio Villaça; pero no aprobó nunca que Alfonso se deshiciera de Bemfica por la sola razón de que aquellas paredes habían presenciado tantos disgustos domésticos. Esto, según Villaça, les ocurría á todas las paredes. El caso es que los Maias, fuera del Ramillete inhabitable, no poseían casa alguna en Lisboa; y si Alfonso, á su edad, gustaba del sosiego de Santa Olavia, su nieto, mozo de gusto y de rumbo, que pasaba las vacaciones en París y en Londres, no querría, al ser hombre, sepultarse entre los peñascales del Duero. Y, en efecto, pocos meses antes Alfonso asombró á Villaça anunciándole que había decidido ir á vivir en el Ramillete. El procurador escribió una larga relación enumerando los inconvenientes del vetusto edificio: era el mayor que precisaba hacer muchas obras y gastos; después la falta de jardín,

más sensible para quien venía de las arboledas de Santa Olavia; y aludía, por fin á una tradición según la cual las paredes de Ramillete habían sido siempre fatales á los Maias. "Si bien—añadía en una frase meditada—me avergüenzo de recordar tales nimiedades en este siglo de Voltaire, Guizot y otros filósofos liberales..."

Alfonso rióse mucho de la frase y contestó que aquellas razones eran excelentes; pero que deseaba habitar bajo techos que habían abrigado á tantos antepasados suyos; que si eran necesarias obras, se hicieran sin reparar en gastos; y que en cuanto á leyendas y agüeros, bastaba abrir de par en par las ventanas y dejar entrar el sol.

Era preciso obedecer á Su Excelencia, y como el invierno era seco, empezaron en seguida las obras bajo la dirección de un arquitecto llamado Esteban, un tanto metido en política y compadre de Villaça. Este quedó entusiasmado ante un proyecto que comprendía una gran escalera flanqueada por dos estatuas simbolizando las conquistas de Guinea y de la India. Ideaba también un surtidor de porcelana para el comedor, cuando Carlos apareció repentinamente en Lisboa con un arquitecto decorador de Londres, y después de estudiar á toda prisa algunas ornamentaciones y los tonos de varias colgaduras, le entregó las cuatro paredes de Ramillete para que hiciese y deshiciese á su antojo con tal de que surgiera allí un palacio cómodo, elegante y lujoso.

Villaça sintió profundamente aquella falta de consideración para el artista nacional; Esteban vociferó en su Casino político que Portugal era un país perdido. Alfonso lamentó también que se hubiese despedido á Esteban y exigió que se le dejara construir las cocheras. Iba á aceptar el artista, cuando fué nombrado gobernador civil.

Al cabo de un año de continuo ajeteo durante el cual Carlos acudió con frecuencia á Lisboa para colaborar en las obras y "dar sus retoques estéticos," del antiguo Ramillete sólo quedaba la fachada tristonosa, que Alfonso no quiso que se remozara, porque constituía la fisonomía de la casa. Y Villaça no pudo por menos de declarar que Jones Bule—así llamaba al inglés—sin derrochar dinero, aprovechando hasta las antiguallas de Bemfica, había convertido Ramillete en "un museo."

El patio, lóbrego antes y desnudo, empedrado de guijarros, aparecía ahora resplandeciente, con un pavimento de losetas de mármol blanco y rojo, plantas exóticas, jarrones de Quimper y dos largos bancos feudales que Carlos trajera de España, de encima tallada, solemnes como sitiales de catedral. Arriba, en la antecámara, revestida como una tienda de estofas de Oriente, quedaba ahogado el rumor de los pasos; enriquecíanla divanes cubiertos de tapices persas, anchos platos moriscos de reflejos metálicos de cobre, una armonía de tonos severos de los cuales destacaba con su blancura inmaculada de mármol la figura de una muchacha friolenta que temblaba y reía al hundir el piecico en el agua. De allí arrancaba un amplio corredor adornado como los salones lujosos de Bemfica con arcones góticos, vasos de la India y cuadros devotos. Las mejores salas de Ramillete daban á esta galería. En el gran salón, tendido de terciopelo de color de musgo de otoño, había un hermoso lienzo de Constable, el retrato de la suegra de Alfonso, la condesa de Runa, con tricornio de plumas y vestido escarlata de cazadora inglesa, sobre un fondo de paisaje. Al lado, una sala más pequeña, donde estaba el piano, recordaba las habitaciones del siglo xviii con sus muebles dorados y sus sedas de brillantes ramajes;

dos tapices de los Gobelinos, antiguos, de tonos cenicientos, cubrían las paredes de pastores y arboledas.

Enfrente había el billar, con las paredes tendidas de un cuero moderno traído por Jones Bule, donde emergían, entre el intrincado desorden de unos ramajes verde botella, los cuellos de cigüeñas plateadas. Al lado estaba el *fumoir*, la habitación más cómoda de Ramillete: las otomanas tenían la fofa blandura de las camas, y los tonos cálidos y un tanto sombríos de las telas encarnadas y negras, se alegraba con los reflejos de viejas fayenzas holandesas.

En el fondo del corredor abríase el escritorio de Alfonso, revestido de damascos encarnados, como una antigua cámara de prelado. La maciza mesa de ébano, los estantes bajos de encina labrada, el solemne lujo de las encuadernaciones, todo tenía allí una fisonomía austera de paz estudiosa, realizada por un lienzo atribuido á Rubens, antigua reliquia de la casa, un Cristo en la Cruz, destacando su desnudez de atleta sobre un cielo poniente, amenazador y nublado. Junto á la chimenea, Carlos arregló un rincón para su abuelo con un biombo japonés recamado de oro, una piel de oso blanco y un venerable sillón, cuya tapicería ostentaba las armas de los Maias entre los tonos descoloridos de la trama de seda.

En el corredor del segundo piso, adornado con los retratos de la familia, estaban las habitaciones de Alfonso. Carlos dispuso las suyas en un ángulo de la casa, con entrada particular y ventanas al jardín: eran tres gabinetes á continuación uno de otro, sin puertas, unidos por la misma alfombra, y los asientos acolchados, la seda que tapizaba las paredes,

hacían decir á Villaça que no eran aquellos aposentos de médico sino de bailarina.

La casa, después de estar dispuesta, permaneció vacía, porque Carlos emprendió un viaje por Europa y sólo en vísperas de su llegada, en el hermoso otoño de 1875, decidióse Alfonso á dejar Santa Olavia é instalarse en Ramillete. Cumplían veinticinco años que no había estado en Lisboa, y al cabo de algunos días confesó á Villaça que estaba suspirando de nuevo por sus sombras de Santa Olavia. Pero ¿qué hacer? No quería vivir separado de su nieto; y Carlos, ahora, deseoso de ejercer su carrera, debía habitar necesariamente en Lisboa... Por lo demás, no le disgustaba Ramillete, á pesar de los arreglos de Carlos que, enamorado del lujo de los climas fríos, había prodigado las alfombras, tapicerías y terciopelos. Agradábale también la vecindad, aquella suave quietud de suburbio adormecido al sol. Le enamoraba, sobre todo, su jardincito. Ciertamente era un jardín como el de Santa Olavia; pero tenía un ambiente simpático, con sus girasoles perfilados al pie de las dos gradas de la terraza y el ciprés y el cedro envejeciendo juntos como dos amigos tristes y la Venus Citerea, con su tono claro, parecía ahora haber llegado de Versalles para resucitar el gran siglo... Y desde que el agua abundaba, la cascada era preciosa, dentro de su nicho de conchas, con su despeñadero bucólico de guijarros, y daba nueva melancolía al florido ámbito el agua que caía gota á gota en la taza de mármol como llanto de náyade doméstica.

Lo que desconsoló al principio á Alfonso fué la vista del terrado, desde donde se veía antes el mar. Pero las casas edificadas en derredor durante los últimos años, habían tapado aquel horizonte espléndido. Ahora una estrecha tira de agua y de monte que

aparecía entre dos casas por el canal de una calle, era el único paisaje que se distinguía desde Ramillete. Alfonso acabó por descubrirle un íntimo encanto.

Era como una marina encuadrada en blanco marco, suspendida del cielo azul enfrente del terrado, mostrando en las variedades infinitas de color y luz, los episodios fugitivos de una quieta vida de río. A veces, una vela de barca de Trifaria huyendo airoosamente; otras, una fragata con todo el trapo al viento entrando á favor de una racha, vagorosa entre el incendio de una puesta de sol, ó un gran vapor pasando rápido, echando bocanadas de humo, desapareciendo como tragado por el mar incierto, y también, algunas tardes, los arreboles de las siestas silenciosas, el bulto negro de un acorazado inglés...

Y siempre, en el fondo, un trozo de monte verdinegro con un molino en la cima y dos casas blancas al ras del agua, que tan pronto mostraban el incendio de sus cristales fulgurantes por el sol, tan pronto parecían pensativas, sonrosadas por los cambiantes del poniente que á veces recordaban el rubor humano; de una tristeza friolenta en los días de lluvia, blancas y desnudas en tiempo claro.

El terrado comunicaba por tres puertas vidrieras con el escritorio, y en aquella hermosa habitación de prelado fué donde Alfonso se acostumbró á pasar los días en el rinconcito abrigado que su nieto le preparara tiernamente junto á la chimenea. Su larga residencia en Inglaterra habíale inspirado la costumbre de los suaves ensueños junto al hogar. En Santa Olavia las chimeneas ardían hasta Abril; después se cubrían de flores como un altar doméstico, y allí, entre aquellos aromas y frescura era donde mejor gozaba de su pipa y leía á Tácito y á su querido Rabelais.

A pesar de sus años, distaba mucho Alfonso de ser un viejo friolero, como él decía. En aquella edad, tanto en verano como en invierno, se levantaba con el sol y salía á paseo, después de su oración de la mañana, que consistía en un baño de agua fría. Sintió siempre supersticioso amor por el agua y acostumbraba á decir que nada había mejor para los hombres que sabor de agua, ruido de agua y vista de agua. Lo que más echaba de menos de Santa Olavia, era la gran riqueza de aguas vivas, cristalinas, los espejos movibles de los estanques, el fresco murmullo de aguas corrientes... Y á esta viva tonificación del agua atribuía el haber vivido desde principios del siglo, sin un dolor, sin una enfermedad, conservando la dichosa tradición de salud de su familia, fuerte, resistente contra los disgustos y los años—que pasaban por él tan en vano, como en vano pasaban por sus robles seculares de Santa Olavia, años y vendavales.

Alfonso era de baja estatura, de complexión recia, de hombros cuadrados y fuertes, y con su ancho rostro, de nariz aguileña, de piel tostada, rojiza, el pelo blanco cortado al rape y la nevada barba puntiaguda y larga, recordaba—como decía Carlos—un varón esforzado de las edades heroicas; un don Duarte de Menezes ó un Alfonso de Albuquerque. Y el viejo se reía alborozado, mostrando á su nieto cuánto engañan las apariencias.

No; no era Menezes ni Albuquerque; apenas era un anciano bonachón que adoraba sus libros, el confort de su poltrona y la partida de *whist* junto á la chimenea. De sí mismo acostumbraba á decir que era un egoísta;—pero nunca como ahora, en su vejez, habían sido las generosidades de su corazón tan profundas y grandes. Gran parte de sus rentas se le fundía entre los dedos en corriente no interrumpida

de caridad solícita. Cada vez amaba con más ímpetu todo lo que es pobre y todo lo que es débil. En Santa Olavia, los niños salían de sus casas á su encuentro, pues le sabían paciente y cariñoso. Cuanto vive enternecía su corazón y era de aquellos que no pisan jamás un hormiguero y que se compadecen de la sed de una planta.

Villaça decía que le recordaba siempre lo que se dice de los patriarcas, cuando le veía al lado de la chimenea, con su bata de veludillo, sereno, risueño, con un libro en la mano y su viejo gato á los pies. El pesado y enorme angora, blanco con pintas amarillas, era ahora—desde la muerte de *Tobías*, el soberbio perro de San Bernardo—el fiel compañero de Alfonso. Nació en Santa Olavia y le llamaron antaño *Bonifacio*: después, al llegar á la edad del amor y de la caza, recibió la apelación más caballeresca de don Bonifacio de Calatrava; ahora, dormilón y obeso, había entrado definitivamente en el catálogo de las dignidades eclesiásticas y era el Reverendo Bonifacio...

Aquella existencia no corrió siempre como ahora con la calma clara y poderosa de un río en verano. El anciano, cuyos ojos se alumbraban con luz de amor delante de sus rosales, y que junto á la lumbrera soboreaba las obras de Guizot, fué, durante algún tiempo, en opinión de su padre, el jacobino más tremendo de Portugal. El furor revolucionario del pobre mozo no pasó nunca de leer á Rousseau, Volney, Helvetius y la Enciclopedia, en disparar cohetes en honor de la Constitución y en ir, con sombrero de liberal y ancha corbata azul, de logia en logia masónica, recitando odas abominables al Supremo

Arquitecto del Universo. Esto, por sí solo, bastó para indignar á su padre. Cayetano de Maia era un portugués chapado á la antigua, que se santiguaba al oír el nombre de Robespierre, y que, en su apatía de hidalgo beatus, sentía horror y odio hacia los jacobinos, á quienes atribuía todos los males, los de su patria y los suyos; desde la pérdida de las colonias hasta los ataques de gota. Para extirpar de raíz el jacobinismo, se ofreció rendidamente al señor infante don Miguel, Mesías arriscado y Restaurador providencial... Y tener por hijo un jacobino le parecía una prueba sólo comparable á las de Job.

Al principio se contentó con ponerle cara seria y llamarle *¡ciudadano!* con sarcasmo; pero cuando supo que su hijo, su heredero formó parte de una turba que durante una noche de fiesta cívica y de luminarias apedreó las ventanas del Embajador de Austria, enviado de la Santa Alianza, consideró á su hijo como nuevo Marat y se desbordó su cólera. La gota despiadada que le tenía clavado en la poltrona, no le permitió corregir corporalmente á su hijo, pero se decidió á expulsarlo de su casa, sin pasarle pensión y sin bendición, como un bastardo. ¡Aquel francmasón no podía ser de su sangre!

Enternecieronle las lágrimas de su esposa, y singularmente las de una cuñada de su mujer, irlandesa instruidísima que vivía en Bemfica con ellos, Minerva tutelar que había enseñado inglés al muchacho y le quería de todas veras. Cayetano de Maia se contentó con desterrar á su hijo á la quinta de Santa Olavia; pero lloró amargamente en el seno de los frailes que acudían á Bemfica, la desgracia de su familia. Aquellos santos varones le consolaban asegurándole que Dios, el viejo Dios de Ourique no permitiría jamás que un descendiente de los Maías pactara con Belcebú y los revolucionarios. Y á fal-

ta de Dios Padre, allí estaba Nuestra Señora de la Soledad, patrona de la casa y madrina del muchacho, para impedir tamaña abominación.

Cumplióse el milagro. Meses después el jacobino, el Marat, volvía de Santa Olavia casi arrepentido y contrito, abrumado por la soledad de los peñascales, por el rumor sordo de la corriente del Duero. Iba á pedir á su padre su bendición y algunos miles de cruzados (1) para ir á Inglaterra, al país de los verdes prados y de los cabellos de oro, que tanto le alabara tía Fanny. El padre le besó y abrazó bañado en lágrimas, viendo patente la intervención de Nuestra Señora de la Soledad. Y el propio fray Jerónimo de la Concepción, su confesor, declaró que el milagro era patente y podía equipararse á los más sonados.

Marchó Alfonso. Era en primavera, y la tierra inglesa con sus fértiles campiñas, sus parques lujosos, la armonía penetrante de sus nobles costumbres, aquel pueblo tan fuerte y tan serio, despertaron su admiración. Bien pronto olvidó su odio á los congregacionistas, las horas pasadas en el café Romulares recitando á Mirabeau, y la República que anhelaba fundar, con un triunvirato de Scipiones y fiestas al Ser Supremo. En primavera acudía á las carreras de Epsom, y presenciaba el espectáculo desde lo alto de un coche, lanzando *hurras* pavorosos, sin acordarse de sus hermanos masónicos, que en aquellos tiempos se entretenía el Infante el cazar por las callejuelas del Barrio Alto, montado en su brioso caballo de Alter.

Murió repentinamente su padre y tuvo que regresar con prisa á Lisboa. Entonces conoció á María Eduarda Runa, hija del conde de Runa, una morena

(1) Moneda portuguesa.

linda y cariñosa, aunque algo delicada. Al terminar el luto se casó con ella. Tuvo un hijo, deseó otros, y sintiéndose con vocación de patriarca mozo, emprendió una porción de obras en Bemfica, plantando arboledas y preparando albergue cómodo á la descendencia querida que debía alegrar su vejez.

Pero no olvidaba Inglaterra, y acababa de hacérsela desear el espectáculo de Lisboa miguelista, desordenada como una Túnez bárbara; con la salvaje conjuración apostólica de frailes y postillones, alborotando tabernas y capillas; plebe beata, sucia y feroz, corriendo del templo á la plaza de toros y aclamando al príncipe que tan bien encarnaba sus vicios y pasiones...

Aquel espectáculo indignaba á Alfonso de Maia, y muchas veces, en la paz del hogar, entre amigos, teniendo sentado á su hijo sobre las rodillas, expresaba la indignación de su alma honrada. Ya no quería, como de adolescente, una Lisboa de Catones y de Mucio Scévolas. Admitía ya la necesidad de una nobleza para mantener sus privilegios históricos; pero sí deseaba una nobleza digna, como la aristocracia tory (que su amor hacia Inglaterra le hacía idealizar), dando la pauta de su moral, formando sus costumbres, inspirando su literatura, viviendo con fausto é imponiendo su gusto, ejemplo de altas ideas, espejo de maneras aristocráticas... Lo que no toleraba era la sociedad de Queluz, bestial y sordida...

Tales palabras, apenas proferidas, llegaban á oídos de Queluz. Y cuando se reunieron las cortes generales, la policía penetró en Bemfica, en "demanda de papeles y armas escondidas."

Alfonso de Maia, con su hijo en brazos y su esposa asustada al lado, contempló impassible la profa-

nación de su hogar, los muebles rotos por las culatas, las puerkas manos de los malsines revolviendo los colchones de su cama. Nada descubrió el señor Juez; hasta se dignó aceptar una copa del añejo y confesó al mayordomo que los "tiempos eran muy duros...". Desde aquel día las ventanas del palacete permanecieron cerradas; no se abrió ya más la gran puerta para dar paso al coche de la señora, y al cabo de unas semanas, en compañía de su esposa y de su hijo, Alfonso de Maia marchaba á Inglaterra, desterrado.

Allí se instaló, por larga temporada, en los alrededores de Londres, junto á Richmond, en el fondo de un parque, entre los suaves y tranquilos paisajes de Surrey.

Gracias á la influencia de su suegro, el conde de Runa, no fueron confiscados sus bienes y Alfonso de Maia podía vivir con holgura.

Al principio, los emigrados liberales, Palmella y los hombres del *Belfast*, trataron de atraerle. Su natural rectitud no pudo por menos de indignarse advirtiendo la separación de castas y jerarquías, persistente aun en tierra extraña, entre los vencidos de una misma idea, pues mientras los hidalgos y magistrados vivían con lujo en Londres, la plebe y los soldados, después de los padecimientos de Galicia, sucumbían ahora al hambre y á la miseria en los barracones de Plymouth. Se peleó con los jefes liberales, fué acusado de demagogo, dejó de creer en el liberalismo. Aislóse; pero sin cerrar todavía su bolsa, que los emigrados sabían bien repleta... Pero cuando partió la primera expedición y poco á poco fueron vaciándose los depósitos de emigrados, es cuando le pareció por vez primera deleitoso el aire de la Gran Bretaña.

Meses después su madre, que permanecía en Bem-

fica, murió de una apoplejía, y la tía Fanny fué á Richmond para completar la felicidad de Alfonso, con su claro juicio, sus tirabuzones blancos y sus modales de discreta Minerva. Habíase cumplido su sueño de tener una residencia señorial inglesa, rodeada de árboles seculares, viendo en torno suyo, en las vastas selvas pastar ó dormir el ganado de raza y sintiendo que á su lado todo era sano, fuerte, libre y sólido - como apetecía su corazón.

Adquirió relaciones; estudió la noble y rica literatura inglesa; interesóse, como convenía á un fidalgo que habitaba en Inglaterra, por la cria de caballos, por el ejercicio de la caridad—y pensaba con placer permanecer mientras viviera entre aquella paz y aquel orden.

Pero Alfonso veía que su mujer no era feliz. Pensativa y triste, tosía de continuo. Durante las veladas se sentaba junto á la chimenea, suspiraba y callaba...

¡Pobre señora! La nostalgia del país, de la parentela, de las iglesias, minaba su salud. Verdadera lisboeta, pequeñita y trigueña, sin quejarse y con pálida sonrisa, vivió desde que á ella llegara sintiendo un odio sordo contra aquella tierra de herejes y de áspero idioma, siempre abrigada, envuelta en pieles, mirando con terror el cielo oscuro, la nieve que caía abundante. En Inglaterra estaba su cuerpo; pero su alma no se había movido de Lisboa, de sus atrios, de sus barrios bañados por el sol. Su devoción siempre grande (la devoción de los Runas) se exaltaba y exacerbaba al sentir palpar en torno suyo la hostilidad ambiente contra los papistas. Sólo al anochecer revivía, yendo á refugiarse en el sótano con las sirvientas portuguesas, rezando el rosario sentada en una estera, gozando allí, en aquel

murmullo de *avemarías*, en país protestante, el encanto de una conjuración católica.

Odiaba cuanto oía á inglés y no consintió que su hijo Pedrito fuera al colegio de Richmond. En vano le probó Alfonso que era un colegio católico. No quería. Aquel catolicismo sin romerías, sin hogueras de San Juan, sin imágenes del Señor de los Pazos, sin frailes por las calles, no le parecía religión. No quería que el alma de su Pedrito se contaminara de la herejía, y para educarle mandó venir de Lisboa el padre Vasques, capellán del conde de Runa.

Enseñóle las declinaciones latinas y sobre todo la cartilla; y el rostro de Alfonso de Maia se entristecía cuando al volver á su casa, después de alguna expedición agradable, oía en el gabinete de estudio la voz adormilada del reverendo, preguntando como del fondo de un pozo:

—¿Cuántos son los enemigos del alma?

Y el chiquitín, más dormido todavía, contestaba:

—Tres: Mundo, demonio y carne...

¡Pobre Pedrito! Enemigo de su alma no había allí más que el reverendo Vasques, obeso y sórdido, regoldando hundido en la poltrona, con el pañuelo del rapé sobre las rodillas.

A veces Alfonso, indignado, acudía al cuarto, interrumpía la doctrina, agarraba á Pedrito de la mano y se lo llevaba á paseo, á orillas del Támesis, para que el aire libre disipara la pesadumbre mortal de la cartilla. Pero su madre acudía aterrificada, lo envolvía en una gran manta, y el niño, acostumbrado á estar en la falda de las criadas y en los rincones abrigaditos, tenía miedo del viento y de los árboles, y poco á poco, con perezoso paso, ambos iban pisando las hojas secas, medroso el niño ante las sombras del bosque vivo, desconsolado el

padre y pensativo al advertir lo enclenque que era su hijo...

Pero el más mínimo esfuerzo que hiciera para arrancar al rapaz de los brazos maternales que le debilitaban de la cartilla mortal del padre Vasques, producía á la delicada señora accesos de fiebre. Y Alfonso no se atrevía ya á contrariar á la pobre doliente mujer, tan virtuosa y á la que tanto amaba. Se lamentaba entonces á tía Fanny; pero la sabia irlandesa recorría las páginas de su libro; un tratado de Addisson, ó un poema de Pope y se encogía melancólicamente de hombros. ¡Qué le iba ella á hacer!...

Aumentó por fin la tos de María Eduarda y la tristeza de sus palabras. ¡Hablaba ya de "su último deseo," que era ver una vez más el sol! ¿Porqué no volver á Bemfica, á su hogar, ahora que el infante don Miguel estaba también desterrado y que reinaba completa paz? Pero en esto no cedió Alfonso. No quería ver de nuevo sus muebles destrozados y saqueados, y los soldados del S. D. Pedro no le inspiraban más confianza que los malsines de don Miguel.

Por aquel tiempo hubo un gran disgusto en casa: tía Fanny murió de una neumonía durante los fríos de Marzo; y esto aumentó mucho la tristeza de María Eduarda que la amaba sinceramente por ser irlandesa y católica.

Para distraerla llevóla Alfonso á Italia, á una deliciosa *villa* junto á Roma. Allí no le faltaría el sol: acudía todas las mañanas, puntual y generoso, bañando liberalmente casas y calles dorando laureles y mirtos. Y allí, muy cerca, entre mármoles, estaba una cosa preciosa y santa: el Papa.

Pero la triste señora continuaba lloriqueando. Lo que realmente apetecía era Lisboa, con sus nove-

nas, los santos devotos de su barrio, las procesiones pasando con rumor de salmodias por entre el sol y la polvareda...

Fué preciso calmarla, volver á Bemfica.

Allí empezó una vida lamentable. María Eduarda desfallecía lentamente, más pálida cada día, pasaba semanas enteras tendida en un sofá, con las manos transparentes cruzadas sobre las recias pieles inglesas. El padre Vasques, apoderándose de aquella alma aterrada para quien Dios era un dueño inexorable, fué el amo de la casa. Alfonso topaba á cada instante por los corredores con otras figuras canónicas, con capa y solideo, en quienes reconocía antiguos franciscanos ó algún flaco capuchino que hacía de parásito del barrio, respirábase en la casa un vaho de sacristía, y de las habitaciones de la señora llegaba de continuo, vago y doliente, rumor de rezos.

Todos aquellos santos varones comían, y bebían su vino de Oporto á grandes tragos. Las cuentas del administrador aparecían cargadas con los gastos piadosos de la señora: cierto fray Patricio tuvo la habilidad de hacerse pagar doscientas misas de cruzado por el alma de Don José I...

Aquella carcoma que le rodeaba hacía que Alfonso se lanzara á un ateísmo rencoroso. Anhelaba ver las iglesias cerradas como los monasterios, las imágenes destrozadas á hachazos, una matanza de reverendos... Cuando oía rumor de preces, huía, escapaba al fondo del jardín, bajo las enredaderas del mirador, y leía á Voltaire, ó se iba á echar un párrafo con su viejo amigo el coronel Sequeira, que vivía en una quinta en Queluz.

Pedrito, entre tanto, era ya casi un hombre. Creció enclenque y bajito como María Eduarda, teniendo poco de la raza, de la fuerza de los Maias; y su

linda cara oval, de un trigüeño cálido, sus ojos maravillosos é irresistibles, siempre prestos á humedecerse, le hacían parecer un hermoso árabe. Se desarrollaba lentamente, sin curiosidad ni afición por nada; indiferente á los juguetes, á los animales, á las flores, á los libros. Ningún deseo enérgico parecía poder arraigar en aquella alma pequeña, adormecida, pasiva: sólo de cuando en cuando decía que le gustaría volver á Italia. Tenía tirria al padre Vasques; pero no osaba desobedecerle. Era débil en todo, y aquel abatimiento continuo de todo su sér se resolvía en crisis de negra melancolía que durante semanas enteras le dejaban mudo, mustio, pálido, ojeroso, hecho un viejo. Su único sentimiento vivo, intenso, hasta entonces, fué su amor por su madre.

Queríalo enviar Alfonso á Coimbra; pero á la sola idea de separarse de su Pedro, la pobre señora caía de rodillas ante su marido, llorosa y estremecida, y él, naturalmente, cedió, conmovido ante aquellas manos suplicantes, ante aquellas lágrimas que caían cuatro á cuatro por el rostro de cera. El mozo permaneció en Bemfica, dando lentos paseos á caballo, acompañado de un criado de librea, y de cuando en cuando empezaba ya á beber su ginebra en los catés de Lisboa... Luego fué marcándose en aquel organismo una fuerte tendencia amorosa; á los diecinueve años tenía ya su bastardito...

Alfonso de Maia se consolaba pensando que, á pesar de sus defectos, no faltaban al rapaz buenas cualidades: era muy listo, sano, y como todos los Maias, valiente; pocos días antes, á garrotazo limpio, puso en precipitada fuga á tres granujas que le habían llamado *señorito*.

Cuando murió su madre, con terrible agonía de devota que lucha con los pavores del infierno, Pedro

experimentó un dolor espantoso que parecía rayar en locura. Hizo la promesa, histérica de dormir un año entero sobre las losas del patio si se salvaba la enferma, y una vez sacado el cadáver y alejados los sacerdotes, cayó en una especie de atonía terrible, sin lágrimas, sin palabras, de la que no quería salir, tendido de bruces en la cama con obstinación de penitente. Muchos meses pasó como embrutecido, dominado por una tristeza vaga; y Alfonso de Maia se desesperaba viendo á aquel mozo, su hijo y heredero, salir todos los días á paso lento, lúgubre y enlutado, para ir á visitar la sepultura de su madre.

Aquel dolor exagerado y mórbido cesó por fin; y le sucedió, casi sin transición, un período de vida disipada y turbulenta de calaverismo vulgar, por medio del cual, Pedro procuraba, en lupanares y tabernas, ahogar los recuerdos de su madre. Pero aquella exuberancia ansiosa, que tan súbita y tumultuosamente se desencadenara, desequilibrando su organismo débil, se extinguió muy pronto.

Al cabo de un año de locuras y devaneos, de hazañas hípicas, de pateaduras en el teatro de San Carlos, reaparecieron las antiguas crisis de melancolía nerviosa; pasaba días enteros taciturno, largos como desiertos, recluido en su casa, andando por las solitarias salas, ó tendido de bruces bajo un árbol del jardín, como despeñado en un abismo de amargura. En estos períodos, volvíase también devoto: leía vidas de santos, visitaba las iglesias; era uno de aquellos bruscos abatimientos de alma que en otras épocas llevaba á los hombres débiles al fondo de los claustros.

Esto apenaba á Alfonso de Maia; prefería que le recogieran rendido y beodo en una calle de Lisboa,

que verlo con un devocionario bajo el brazo, como un viejo, dirigiéndose á la iglesia de Bemfica.

Había arraigado, á su pesar, en su cerebro una idea que á veces le torturaba: descubrió que Pedro tenía gran semejanza con un abuelo de su mujer, un Runa, que estaba retratado en Bemfica; aquel hombre extraordinario, que asustaba á los niños, enloqueció, é imaginándose que se había convertido en Judas, se ahorcó de una higuera.

Pero un día acabaron los excesos y las crisis. Pedro de Maia amaba! Era un amor á lo Romeo que le sobrecogió de pronto, ante unas ojeadas deslumbradoras; una de esas pasiones que asaltan una existencia y asolan como un huracán, arrancando y arrasando los respetos humanos y lanzando á tremendos paroxismos al que las padece.

Una tarde, estando en un paseo de Lisboa, vió parar delante de la puerta de Mme. Levaillant una calesa azul, donde iban un viejo con sombrero blanco y una jovencita envuelta en un chal de cachemira.

El viejo, bajo y rechoncho, de barba gris, bajó penosamente del coche, como si tuviese reuma, y entró renqueando en el portal de la modista; y ella, volviendo la cabeza, miró un instante hacia el paseo.

Bajo las rosas que adornaban su sombrero negro, los cabellos rizados, de un color de oro subido, ondeaban levemente sobre la cabeza pequeña y clásica; los ojos, maravillosos, iluminaban todo su rostro. El frío había puesto más pálida su carne mármorea, y con su perfil grave de estatua y el noble modelado de los hombros y de los brazos que el chal ceñía, pareció á Pedro en aquel instante algo inmortal y sobrehumano.

No la conocía. Pero un joven alto, macilento, de